

LO QUE ME CONTÓ UN CASTAÑO

JAIME IZQUIERDO

Santuyanu (Las Regueras), 7 de noviembre de 2015.

Buenos días y gracias por venir a escuchar este pregón.

Hace unas semanas recibí un correo del Ayuntamiento de Las Regueras invitándome a ser el pregonero de esta edición del certamen de la castaña Valduna. No lo pensé demasiado y contesté que sí, encantado y agradecido por la distinción.

El caso es que después de aceptar me vino la duda sobre qué pregonar. Qué contarles a ustedes que tuviera interés. Estando en esas me asomé a la ventana para ver si me venía la inspiración. De la arboleda que tengo enfrente de casa, oí que me llamaban por mi nombre y alguien me decía.

—Ya sé que vas a ser el pregonero en el festival de los valdunos...

Como no veía a nadie pregunté, sorprendido, quién me hablaba, pensando que se trataba de una broma.

—Soy yo, el segundo castaño, el que está detrás del abedul... El que tiene un tordu posado en la rama.

Me fijé y, en efecto, vi a un tordu mirando para mí y a un castaño que movía sus ramas.

—Perdona, no sabía que los castaños hablaseis... —le contesté confuso por lo insólito de la situación.

—Hablamos desde hace miles de años y siempre nos habéis entendido. Lo que ocurre es que ahora vuestra generación ha olvidado nuestra forma de hablar y tememos que se haya olvidado también del resto de lenguas de los árboles. El caso es que quería saber qué vas a contar en el pregón de Las Regueras —me preguntó.

—Pues la verdad sea dicha no sé cómo abordar el asunto... —contesté.

—Me lo temía —interrumpió el castaño—. Supongo que no te dedicarás a hacer lo que se suele hacer en los pregones...ya sabes: dar las gracias a la organización, decir lo ricos que están las castañas, que si tal, que si cual...flores por aquí y jabón por allá, que si bla, bla, bla...que si bla, bla, bla... ¿verdad?

—Pues ahora que lo dices, es lo que tenía pensado... —le contesté sin demasiado convencimiento.

—Pues vete olvidándote de eso. No tenemos tiempo que perder. No están las cosas para fuegos de artificio. O reaccionamos o los pueblos de los castaños pronto seremos historia. Nos estamos yendo al garete, chaval. Te voy a contar lo que está pasando con nosotros para que lo cuentes en Santuyanu. Escucha....

Y así empezó mi vecino el castaño a contarme la historia de su gente. Me dijo que él no era castaño de castañeu, sino de linde. Que era una especie de guarda de frontera, un profesional especializado en marcar los límites de una propiedad y en sombrear a las vacas en verano. Que se había enterado de que sería pregonero por un petirrojo que lo visita y le cuenta cómo va el mundo. Al parecer, los árboles, y no solo los castaños, se intercambian noticias usando como mensajeros a los pájaros, a los que convierten en palabras empleando como lenguaje trinos y plumas. A cambio de tan excelsos servicios de mensajería, los árboles les dan casa y comida.

Aquella tarde me la pasé tomando apuntes de lo que me contó y me pidió que les contase a ustedes. Voy a tratar de resumirlo.

Hace muchos años los castaños eran los más libres de los árboles. No pagaban impuestos, no estaban sometidos a los diezmos, habían conseguido ventajas fiscales y exenciones para instalar sus campamentos en los montes comunales. Pudiendo vivir dónde quisieran, los hombres les invitaron a venirse a vivir a los pueblos. Aceptaron la invitación y se vinieron con nosotros. Se establecieron en tribus, como la de los valdunos, en unos asentamientos comunitarios muy singulares, con forma de dehesa, que conocemos ahora como castañeos, y que son en realidad barrios nacidos en el segundo ensanche de la aldea. El primer ensanche, ya se sabe, es el de los huertos y las erías.

Cada uno de los castaños de un castañeu volaba por el monte común con una copa ancha, como un sombrero recio calzado sobre un pie amplio que daba soporte a una enramada notable que estaba dispuesta para hacer crecer grandes cosechas. Tenía cada uno un nombre, que le vinculaba a tal o cual familia de la aldea, y así lo lucen todavía algunos, deformado por los años, con las iniciales de la casa grabadas en la corteza. Es en la corteza donde guardan los árboles la memoria de sus diálogos con los paisanos y la historia de su linaje.

Los aldeanos vincularon así los castaños a la casa con sus particulares formas de manejo y cuidado. Esa estrecha relación acabó por crear fuertes lazos familiares. Los campesinos los injertaban para mejorar su vigor, para conseguir mayor resistencia a las enfermedades y a la intemperie. En respuesta a las atenciones recibidas los castaños cada vez daban más y mejores frutos.

La sociedad creada entre campesinos y castaños prosperó durante siglos: no había aldea en las montañas del noroccidente de la península, y en las sierras del oeste ibérico, que no tuviera un hermoso castaño a su vera. Millones de castaños fueron plantados y cuidados por los campesinos.

A los castaños iban los gochos a fozar y a pasar la otoñada mientras el suelo se cubría de hojas. Son los castaños los últimos en devolver a la tierra el préstamo de hojas que esta le hace antes del verano. Por el contrario son los abedules y los álamos de la ribera los primeros en saldar su deuda. Buenos pagadores, apenas ven llegar al recaudador octubre por el horizonte ya están desprendiéndose de sus hojas, como monedas de oro.

En primavera, y antes de que despertasen del letargo invernal, el sol de abril solía calentar el suelo del castaño y animaba a un pasto breve que reclamaba la atención de los rebaños. Mientras los árboles todavía dormían en el castaño pastaban a sus pies las ovejas que ya amamantan a las primeras corderas del año y hacían los primeros quesos.

Así era entonces el mundo cuando todas las aldeas tenían un barrio de castaños, una tribu de árboles al cuidado de los campesinos que los pastoreaban en las estaciones y los colmaban de atenciones. A cambio, estos les regalaban el fruto, alguna que otra rama seca tronzada por el viento para atizar el fuego de la casa; las varillas para cestos; el follaje para la cama de las vacas que después daría vida a las huertas y los prados.

En aquellos tiempos el humus y el humano, el suelo y el hombre, tenían al castaño por común denominador.

Esa es la historia y la razón por la que el más montuno de los árboles frutales se hizo aldeano. Otros dicen que se vino a vivir con nosotros porque una tal Sativa le llamó y le pidió que nos ayudara en las guerras contra la fame, que entonces andaba siempre al asedio. Fuese como fuese, el caso es que se alió con los campesinos para luchar a su lado en las guerras contra las hambrunas del invierno, a las que derrotó mil veces a castañazos sacando de las cuernas su munición.

Por eso gozaba de gran prestigio social, de reputada fama de paciente y discreto, de longevo, trabajador y buen vecino, de buen amigo de los animales de la casa y de guardar siempre algo de comida y refugio para los animales del monte, a los únicos que sí tributaba con gusto.

Allá por el siglo XVI, y mucho tiempo después de la llegada del castaño, vino el maíz, que desembarcó en Tapia de Casariego, donde echó sus primeras raíces y abrió la primera casa en Europa. Tan pronto puso pie en tierra quiso conocer al castaño que, por entonces y como digo, era el árbol favorito de los hombres.

Sabedor del aprecio que en estas tierras se le tenía, el maíz le pidió una entrevista. Se presentó ante él, le dijo que venía de América con la intención de asentarse en Europa y le pidió permiso para quedarse a vivir en las tierras templadas, boscosas y ganaderas del norte. Este se lo dio a condición de que nunca se le ocurriese meterse en su casa, en los castaños del monte. Le dijo que podía instalarse en las erías, en las vegas de los ríos y en los suaves campos de la marina. Pero que no le disputase el sitio. En dos palabras: que no se pasase de la raya.

—¿A qué te vas a dedicar? ¿Cuál será tu trabajo? —preguntó el castaño al maíz.

— El mismo que el tuyo: dar de comer a los hombres. A propósito ¿sabes hacer pan? —replicó el maíz.

Y entonces el castaño bajo los ojos y negó con la cabeza.

—De eso se encargan aquí los trigos —contestó.

—Bien, pues hablaré también con ellos —le dijo el maíz al castaño, dio media vuelta y se fue.

Nada se sabe de las conversaciones entre el maíz y los trigos. O al menos nada ha llegado a mis oídos. Pero creo que no hicieron buenas migas. El clima de Asturias le sentó mejor al maíz de lo que le sentaba al trigo y aquel prosperó bastante más, desplazándolo de sus tierras. Sin embargo, los trigales del sur, los foramontanos de la meseta castellana, se subieron al tren, hace ya casi dos siglos, y acabaron por ganarle el pulso al maíz, ya por entonces nacionalizado asturiano.

No hablaron mucho más el castaño y el maíz desde aquel día. Pero se sabe que fue así como pactaron el reparto de sus dominios. Los castaños desde las atalayas de sus montes contemplaban como prosperaba el maíz en las erías. Tan solo se juntaban en las fiestas aldeanas de otoño, a las que el maíz, descarado, acudía a desnudarse, en un cabaret que llaman de la esfoyaza, y las castañas a tostarse al fuego del magüestu. Cada uno a lo suyo.

El maíz trajo también de las américas a unos cuantos amigos, con los que montó una influyente corporación agroalimentaria en toda regla en cuyo consejo de administración se sentaban patates, fabes, pimientos y tomates que pronto se amoldaron a vivir en las huertas del país. Ese nuevo e influyente grupo, y alguno más, acabaron por ganarse el favor de los campesinos. Mientras tanto los castaños empezaron a darse cuenta de que, poco a poco, los hombres comenzaban a darles la espalda.

La llegada del siglo XX, y con ella la industrialización definitiva del mundo, supuso el principio del fin de la larga historia común entre castaños y hombres. Hace ya algunas décadas que los campesinos han empezado a abandonar sus pueblos para irse a las ciudades y con ellos se fue también la vida de los castaños que comenzaron a declinar por falta de trato. Tan solo algunos escritores cuentan ahora sus historias y recuerdan su pasado.

Las cosas no fueron mejor para el maíz tampoco. Hace unos meses se encontraron de nuevo el maíz y el castaño, esta vez no fue para repartirse el mundo sino para compartir sus penas.

—Ya ves como han ido pasando las cosas —dijo el maíz—. Hemos quedado en nada. Yo apenas doy de comer a los hombres, ni me invitan a sus fiestas, ni me llevan a solearme a los alegres corredores de Valentín Andrés, ni mi harina se aprecia, ni me vuelven tortos, ni me hornean para boroña. Por no ir ya no voy ni siquiera a la molienda y así están ahora los molinos, destartalados, enzarzados y comidos a bocados por los regatos. Me ensilan y solo sirvo para dar de comer a las vacas. Vivo a la sombra de los ocalitos que son unos sosos y unos desaboridos —terminó lamentándose.

—¿A mí me lo vas a contar? —contestó el castaño— Vivo entre escayos, cotolles y felechos. Se me sube a la chepa la hiedra, que es una pesada que a veces no me deja ni respirar. Me amenazan desde las cuestas los fuegos del incendio. Y solo interesa mi cosecha a los jabalíes, que andan en hordas como los vándalos. Se pasan el día emboscados en los matos durmiéndola y salen por la noche de parranda a desmontar sembrados y huertas. ¡Menudos sinvergüenzas! Estoy enfermo y viejo, solo se acuerda de mí la gente mayor de la aldea y en algún que otro festival como el que se celebra en Las Regueras.

Lamentaban juntos el maíz y el castaño su suerte. Su mal destino. Ellos, que habían sido los mejores aliados de los hombres en estas tierras, estaban de retirada en un país de anochecida.

Así que he venido esta mañana a Santuyanu no tanto a pregonar sino a dar noticia de lo que un castaño que tengo por vecino en San Claudio me ha dicho que les diga.

Apenas ya nadie tiene memoria de todo lo que los castaños han hecho por nosotros. Solo los más viejos lo saben y les agradecen su generosidad ¡Cuántas fames nos quitaron los castaños! Nos recordaba mi madre a mí y a mis hermanos cuando éramos guajes.

De todas formas, y a pesar de que los castañeos estén ahora abandonados, creo que no podemos tirar la toalla. Los pueblos no volverán a la vida si no recuperan todos los atributos que les son propios, no solo las casas, sino las huertas, las erías, los bosques y, cómo no, los castañeos. Esa especie de “casco histórico” de la aldea, ese barrio nacido de la inteligencia y la colaboración entre el hombre y el árbol. Los castañeos han sido testigos de nuestra vida en los pueblos, han visto noviazgos y amoríos, fiestas y romerías, bailes y música, meriendas y tertulias. A los castañeos no solo se iba a por castañas, se iba también a vivir.

Son demasiados siglos de relación entre hombres y castaños. Tanta historia en común no puede despacharse de un plumazo. Algo tendremos que pensar entre todos.

No podemos conformarnos solo con organizar un festival anual. Hay que ir más allá. Bienvenido sea este certamen de Las Regueras pues, además de para recordar el pasado, creo que puede servir para diseñar en un futuro esperanzador para los castaños y los castañeos. Soñemos despiertos, atrevámonos a soñar.

El hombre —lo dice Álvaro Cunqueiro— “necesita, como quien bebe agua, beber sueños.”

Cuando vuelva esta tarde a casa le diré a mi vecino que no vamos a dejar a los castaños en la estacada. Que está mañana nos hemos conjurado con los valdunos para soñar en un mejor futuro para los pueblos y para los castañeos.

Muchas gracias.